

SECUNDARIOS

La señora Enríquez se asoma temprano al balcón esta mañana. Echa una ojeada rápida a la calle perlada por el rocío y escucha el leve repicar de las gotas que saltan desde la balastrada hasta el impermeable tobogán de las bolsas de basura. La señora Enríquez sonrío. Seguro que espera que hoy sea un gran día.

El señor Lorenzo baja las escaleras de manera torpe y apresurada. Hoy, como siempre, llega tarde al trabajo. La maleta se le hace más pesada que nunca. Pisa un charco que emborriona el sol matinal y se dirige a la parada del autobús. Hoy, como siempre, vuelve a mirar a sus espaldas las petunias lozanas que crecen en las macetas de su difunta mujer. Martín, el hijo de la pescadera, enciende la luz de su angosta habitación. Miriam, la frutera, coloca con cariño las nectarinas en sus cajas; este hecho siempre le recuerda que estamos en su estación favorita. Quique sacude la pelusa de sus hombreras. Sara acicala a su hijo antes de que este marche para la escuela. Cristián vuelve de la taberna sin saber si mañana su hija volverá a casa.

Siempre había sido un personaje secundario. Siempre partícipe de las grandes empresas de la humanidad, de sus momentos estelares, de sus instantes inmensos, de sus ingrátidos minutos, de los segundos incólumes que contenían mundos enteros, y pese a todo su nombre nunca aparecía en ellos. Anónimo, marginal, ni si quiera olvidado porque nunca se le conoció. Ese era él. El inmortal que nunca había existido; el hombre de vida larga a la sombra de las grandes vidas; el hombre de más de dos mil años carente de biografía. El único rostro bendecido con la benevolencia del tiempo y que, sin embargo, jamás ocupó su memoria: la historia.

Luchó en Jerusalén contra Tito, pero nadie lo convirtió en un profeta. Combatió en las filas de Alejandro, e incluso lo salvó de una flecha persa que cortaba el aire como el rayo del fatalismo, y nadie lo consideró un héroe. Corrió desde Atenas hasta Jonia y nadie comparó su hazaña con la de Filípides. Tiró con el ariete de su voluntad la primera piedra de la muralla de Teodosio y nadie menciona su nombre cuando se habla de la ruinosa Constantinopla. Recorrió el desierto, bajo el sol calcinante, con una cruz ardiente pegada al pecho y con el extático entusiasmo del que cree que va a conseguir que la Tierra, ese planeta huérfano y yermo, gire hacia una luz prístina y purgativa, y nadie, repito, nadie, lo convirtió en un santo.

Siempre un secundario, siempre eclipsado por los genios de vidas cortas pero extensas sombras. Combatió en Waterloo, derrotó a Napoleón, mas el mérito fue para Wellington. Coronó el Polo Sur alentado por el ímpetu de su espíritu flamígero e inmarcesible, mas la historia escogió a Amundsen. Soportó el hambre y la enfermedad, trémulo en la penumbra de la nao sin poder si quiera morir, y cuando su capitán falleció sobre la orilla fragante de las Filipinas, Elcano le robó el éxito; le robó su tan anhelada gloria.

¿De qué le servía -se preguntaba- ser inmortal si jamás sería eterno?

Ahora estaba cansado. El afán de aventurero se apagaba en su interior como una cerilla humedecida por la llovizna. Su existencia era inextinguible, pero su vida, esa amalgama de espíritu, voluntad y esperanza, comenzaba a resquebrajarse, comenzaba a dejar entrar la humedad de los años. Había pensado que, como una rosa bajo un fanal, esta jamás se marchitaría, pero los siglos devastadores de fracasos y derrotas comenzaban a hacer mella.

Desde hacía unos años languidecía en las calles abarrotadas de una ciudad nueva que él había conocido en el pasado, cuando tenía otro nombre: Bizancio. Allí, con los huesos quebradizos y los músculos lacios como una vestimenta raída, se preguntaba qué hacer ahora que había perdido el ánimo, ahora que sabía que jamás sería el protagonista de ninguna proeza inimaginable, ahora que sabía que ningún bardo cantarían su vida, que

ningún niño soñador querría atrapar el eco de su nombre entre los remolinos chispeantes del éter.

Fue entonces cuando se decidió a vivir sin cargas, a vivir como lo que siempre había sido y no se atrevía a reconocer; a vivir como un ser errante, sin brújula en sus manos ni mapa en su bolsillo; como un ser anónimo; habitante silencioso de la penumbra como un búho humilde; manso observador del tráfigo del tiempo; cronista, como su antiguo amigo Pigafetta, del tempestuoso oleaje que azota la vida de los hombres y las mujeres olvidados. Sería el poeta de los sin nombre, el mejor periodista de todo cuanto vive sin saber que vive; de todos los hombres que quedan, como hermosas margaritas, pisoteados por los genios indolentes. Supo que su destino era convertirse en la voz de los que no tiene voz, de los que son apenas un bostezo de los dioses, de los que existen apenas como el vaho que se pierde en el tiempo gélido. Convertirse en el periodista de las pequeñas vidas; el grabador de las diminutas gestas que contienen la quintaesencia de la humanidad; relatarle a los innominados venideros que existe nobleza en su exceso de mundanidad, que hubo otros que, como ellos, padecieron sus mismas tragedias cotidianas, que realizaron sus mismas heroicidades sin necesidad de suplicar a los cielos que fuesen recordadas; en fin, que hubo otros que también coronaron las cumbres resplandecientes de la divinidad pero jamás pudieron clavar en ellas la bandera que inmortalizase su epopeya.

Así alcanzó, no el protagonismo, no una dirección, sino el afán de vivir, el valor de la vida que había extraviado. Se mudó a un pueblo acogedor, y comenzó su rutina como mendigo. Todas las mañanas, llueva o salga el sol, truene o nieve, se acomoda en una esquina, sobre el suelo que antes rechazaba y ahora ensalza como si del Olimpo se tratase, y comienza a escribir, en el inmenso libro de la historia oculta, el nombre y la biografía de cada vecino y vecina que pasa por delante de él y que lo saludan como dándole las gracias por cincelar sus volátiles nombres en la piedra Roseta del universo.

La señora Enríquez busca su solaz vespertino acomodándose en la silla de mimbre del balcón. Ahora que está jubilada parece disfrutar más que nunca de la vida, y anhela vivir para siempre, aunque con serenidad sabe que no podrá ser así.

El señor Lorenzo vuelve del trabajo derrengado, con la mirada perdida y su maleta inseparable combando su espalda. Suspira frente a la puerta de su casa. Quizás se pregunta si todo este sufrimiento tiene sentido. Después, sube las escaleras, abre la puerta y llena la regadera con agua del grifo. Una sonrisa se dibuja en su boca mientras riega las petunias de su amor inolvidable.

Martín estudia mientras busca la postura más cómoda sobre la silla avejentada. Miriam acaricia una nectarina y redescubre lo que había olvidado desde por la mañana: es verano, su estación favorita. Sara prepara la merienda para su hijo y Cristian espera a su hija, mientras mira el pueblo somnoliento desde el alféizar descolorido de su ventana. Un ronroneo felino, el crujido de una hoja herida, un resuello de evanescencia... y la tarde se esfuma como el vaho cálido después de un beso. El tiempo sigue pasando y en su pasar acaricia, como el rocío, a las almas que le dan sentido.